

El "giro afectivo". Emociones, subjetividad y política. *The "affective turn". Emotions, subjectivity and politics*

Leonor Arfuch

En los últimos años, el "giro afectivo" (*the affective turn*) ha ganado terreno en la reflexión de las ciencias sociales, ligado a cambios significativos de las sociedades contemporáneas, que se manifiestan tanto en la vida cotidiana, los comportamientos y los hábitos como en relación con la política. Una "sociedad afectiva" donde los medios tienen primacía: *talk shows*, *realities*, auge de lo auto/biográfico, lo íntimo y lo subjetivo, afán confesional en las redes sociales, *voyeurismo* y emociones vicarias en la TV, justicia restaurativa, "branding", inteligencia emocional, carisma y liderazgo como valores prioritarios. Una esfera pública que ha permeado con gran éxito la política, al punto tal que, con una nota de humor, alguien decía que la "emocionología" parece haber tomado el lugar de la ideología. Abordaré críticamente ciertas tendencias del "*affective turn*", en tensión con otras posiciones que tratan de responder, en términos éticos y políticos, a la conflictiva situación del mundo contemporáneo.

Palabras clave: afecto, subjetividad, esfera pública, emociones, política

In the last years, the "*affective turn*" has aroused great interest in the reflection of the social sciences, according to certain significant changes in everyday life, habits and behaviors in contemporary societies, as well as in relation to politics. An "affective society" where the media and the social media have a leading role: talk shows, realities, rise of the biographical and subjective, public intimacy, vicarious emotions on TV, restorative justice, voyeurism, "branding", emotional intelligence, charisma and leadership as priority values. A public emotional sphere, where politics is in the foreground, to the point that someone, with a hint of humor, said that "emotionology" seems to have taken the place of ideology. This essay aims to make a critical approach to certain tendencies of the "*affective turn*", contrasting other positions that try to respond, in ethical and political terms, to the conflictive situation of our contemporary world.

Keywords: affect, subjectivity, public sphere, emotions, politics

Leonor Arfuch es Doctora en Letras, Profesora Titular e investigadora de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Autora entre otros, de *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea* (2002), *Crítica cultural entre política y poética* (2008), *La entrevista, una invención dialógica* (2010) y *Memoria y autobiografía* (2013). E-mail de contacto: larfuch@yahoo.com.ar

Este artículo fue referenciado el 15 de septiembre 2015 por la Universidad de Lille 3

En los últimos años, el “giro afectivo” (*the affective turn*) parece haber ganado terreno en la reflexión de las ciencias sociales -en particular en el mundo anglosajón- en sintonía con ciertos cambios significativos de las sociedades contemporáneas, que se manifiestan tanto en la vida cotidiana, los comportamientos y los hábitos como en relación con la política. “Vivimos en una sociedad afectiva” -dicen algunos- una condición que se despliega en cantidad de registros donde los medios tienen indudable primacía: *talk shows*, *realities*, expansión de lo auto/biográfico y lo subjetivo, culto a la intimidad, exaltación confesional en las redes sociales, hibridación de géneros, *voyeurismo* y emociones vicarias en la TV, justicia restaurativa -y juicios mediáticos-, “branding” publicitario, inteligencia emocional, carisma y liderazgo como valores prioritarios, en definitiva, una esfera pública emocional -con la distinción normativa entre emociones tóxicas y saludables- que ha permeado con gran éxito la política, al punto tal que, con una nota de humor, alguien decía que la “emocionología” parece haber tomado el lugar de la ideología. Un estado de cosas en el cual vuelve a plantearse una vieja pregunta con nuevos matices: si este giro emocional supone un capitalismo más humano, de mayor sensibilidad o se trata, una vez más, del apogeo del individualismo y de la cultura del hedonismo. Vieja pregunta porque ya hacia fines de los '70, Richard Sennett, en su clásico *El declive del hombre público* (1978), analizaba el creciente privilegio del yo, la personalidad y el carisma como una irremediable caída en el narcisismo, en desmedro de la cultura pública y las identificaciones compartidas.

En los '80, tras el fracaso de las utopías revolucionarias, se acentúa esa tendencia a la subjetivación, tanto en los “pequeños relatos” que traía al ruedo la posmodernidad como en la exaltación del “cuidado de sí” que se apreciaba en cantidad de publicaciones ligadas al *new age*, y también en la personalización de la política, que parecía doblar la apuesta del Nuevo Periodismo de los '60 y su clásico “Cómo se vende un presidente” para instaurar -o producir- en la pantalla *el cuerpo del presidente*, tal como Eliseo Verón (2001) lo advirtió, con su aguda mirada semiótica, al analizar la campaña electoral francesa de 1981 y la radical transformación de la imagen de Mitterrand, que pasó de una cierta modestia provinciana a encarnar el ideal francés bajo el imperio de la mediatización.

1. EL ESPACIO BIOGRÁFICO

En ese contexto, ya en los '90, empecé a pensar que la insistencia y la simultaneidad de estas expresiones definían un cierto aire de época. Me propuse entonces una investigación que llevó su tiempo, ya que afloraban en el horizonte innúmeras narrativas con “parecidos de familia”, desde el auge creciente de los géneros canónicos -memorias, autobiografías, biografías, diarios íntimos, correspondencias- a sus diversas hibridaciones en los medios -*talk shows*, *reality shows*, docudrama- y también en la literatura, el cine y las artes visuales, donde el “documental subjetivo” y la autoficción dejaban una notoria impronta. Se sumaba a estas expresiones el famoso “retorno del sujeto” en las ciencias sociales, que atenuaban su pulsión cuantitativa

para dar primacía a la voz y al relato vivencial de la experiencia, junto con el auge de la historia oral y un súbito interés en reconocidos académicos por escribir autobiografías más o menos intelectuales. Estaba también el afán por hacer públicos los archivos personales –borradores, cuadernos de notas, impresiones de viaje, recuerdos de infancia, esbozos de relatos, apuntes de clase, agendas–, todo lo que pudo haber tenido contacto con la mano del autor antes de la computadora. Así, en la confrontación de los diversos corpus, se fue delineando una perspectiva transdisciplinaria donde el análisis del discurso, la semiótica, la teoría literaria y la crítica cultural se articularon con enfoques filosóficos, sociológicos, psicoanalíticos, en una verdadera “conjura” estética, ética y también política. Desde esa óptica decidí abordar el análisis de esa proliferación narrativa difícil de acotar, esas “subjetividades en lugar de sujetos”, según rezaba el célebre *motto*, en clara alusión al ocaso de los grandes sujetos colectivos. Postulé así el concepto de *espacio biográfico* para dar cuenta de esa convivencia aparentemente sin conflictos de expresiones multifacéticas, no comparables a escala valorativa, pero que sin embargo tenían rasgos en común. Un espacio que iba más allá de los géneros discursivos –o que los contenía sin taxonomías jerárquicas ni límites prefijados– y cuya definición, en sintonía con la de Doreen Massey (2005) era la de una *espacio/temporalidad*, donde podía trazarse una línea histórica desde los albores del sujeto moderno, cuyo anclaje mítico son las *Confesiones* de Rousseau, hasta las incontables variantes contemporáneas, en una trama sin fin de interacciones e interrelaciones. (Arfuch, 2002).

Pero mi propósito iba más allá de lo descriptivo para tratar de entender fenómenos que se iban produciendo en nuestras sociedades: la indistinción entre espacios públicos y privados y el repliegue en lo privado; la afirmación ontológica de la diferencia a través de la multiplicación de las identidades –y el consecuente replanteo teórico de las mismas, en el sentido de un antiesencialismo–; el afianzamiento del neoliberalismo y por ende, del individualismo a ultranza, la competitividad feroz y el emprendedor de su propio destino como modelo social o asocial –no por azar se daba el resonante éxito de *Gran Hermano*–; cierto aflojamiento de las costumbres y una liberalización de la palabra, sobre todo respecto de la sexualidad y las emociones –aunque siempre bajo la égida del autocontrol, caro a Norbert Elías (1991)– y un desdibujamiento ideológico y programático en la política en aras del carisma y la personalidad –o el personalismo–, como ya había sido percibido ácidamente por Habermas en su magistral *Historia y crítica de la opinión pública* (1981).

El “espacio biográfico” operó entonces no como una mera acumulación fortuita de géneros discursivos sino como una trama simbólica, epocal, un horizonte de inteligibilidad que podía leerse, sintomáticamente, como una verdadera reconfiguración de la subjetividad contemporánea. No lo nominé entonces como un “giro” –pese a estar cerca, por mi formación, del “giro lingüístico”– aunque volviendo sobre páginas dormidas hace mucho, encontré varias veces la expresión, tanto en un plano conceptual –“no se trata solamente de un giro formal, ligado al despliegue de la comunicación”– como de sus efectos de sentido: “las implicancias de este giro, de

esta vuelta obsesiva sobre la minucia de la subjetividad, son considerables”- (Arfuch, 2002: 247) Más tarde, algunos colegas hablaron del “giro subjetivo” refiriéndose al auge del testimonio sobre nuestro pasado reciente (Sarlo, 2005) y aún, del “giro autobiográfico” en la literatura, que ganaba cada vez más terreno a la ficción.

2. EL GIRO AFECTIVO

Desde esta perspectiva, atenta siempre a la relación entre afecto y lazo social, no me resulta del todo novedoso el “giro afectivo” y la creciente atención a las emociones como fuente privilegiada de verdad sobre el sujeto, encuentro más bien una acentuación de tendencias ya existentes y otras, con diversos fundamentos, que adquieren mayor actualidad. Según algunos autores este “giro” vendría como reacción al “giro textual”, a la primacía de lo discursivo en olvido del cuerpo y de las emociones, quizá por influencia del psicoanálisis y el post-estructuralismo. Una contraposición entre lo textual y lo afectivo que sólo podría darse en una concepción del lenguaje como código: no en la de Benveniste y su clásico “De la subjetividad en el lenguaje” (1991) o en el dialogismo de Bajtín (1982) y su énfasis en la intersubjetividad y la responsabilidad ética por el Otro, y tampoco en la de Wittgenstein y su definición del lenguaje como forma de vida, en su plena dimensión gestual, corporal, visual, material. Es que el lenguaje no sólo expresa las emociones –sin desmedro de los “cuerpos que importan”, recordando a Butler (2010) y por cierto *nunca del todo*- sino que conlleva él mismo “pasiones impersonales” como da fe Denise Riley, en su libro *Impersonal passion* (2005), que lleva un subtítulo más que sugerente: *Language as affect, Lenguaje como afecto*.

Un rasgo común a varias de las perspectivas que se incluyen en este “giro” desde las ciencias sociales y humanidades es la influencia de las neurociencias, que, como sabemos, va mucho más allá del mundo académico para producir *best-sellers* e invadir escenarios y pantallas de la mano de nuevos gurús que nos prometen descorder el velo de nuestros cerebros para aumentar nuestras capacidades y dominar nuestras emociones. Pero yendo a lo académico, no es tarea fácil intentar definir teóricamente tendencias que ofrecen sutiles diferencias según cada autor o en las cuales podrían ser incluidos quienes no declaran esa pertenencia. En líneas generales diríamos que, bajo el influjo de la neurobiología, el afecto aparece como previo a intenciones, razones, significados y creencias. El afecto como común a lo humano y lo no humano -otros animales- pre-subjetivo, visceral, corpóreo, el afecto como fuerzas e intensidades que influyen en nuestros pensamientos y juicios pero separados de ellos. Afecto como diferente de la cognición –que sólo sobrevendría *después*, en un escaso margen temporal- y que se expresa por ejemplo, según el clásico paradigma de Tomkins-Ekman- en 6 ó 9 afectos básicos y biológicos: interés-excitación; disfrute-alegría; sorpresa-susto; disgusto- angustia; indignación-ira; miedo-terror; vergüenza-humillación; repugnancia-repulsión -el segundo término evoca el grado mayor de intensidad. Afectos que, a diferencia de la pulsión freudiana, no estarían conectados

con objetos del mundo –aquí cabría preguntarse si el segundo término del paradigma está o no relacionado a un objeto- y que tienen expresión en los rasgos faciales.

Un paradigma biológico, anti-intencional, que ha suscitado múltiples objeciones teóricas y empíricas aún en el mismo campo científico, pero que por inciertas razones aparece ahora como *mainstream*, susceptible de ser considerado, en una lectura crítica desde nuestros saberes, como otra variante del esencialismo. Brian Massumi (2015), por ejemplo, asume la caracterización anti-intencional de Tomkins-Ekman pero define el afecto como *fuerzas e intensidades*, en la línea filosófica de Spinoza, Deleuze y Bergson entre otros, privilegiando el cuerpo como lugar de efectuación de esa potencia, la cualidad de *afectar y ser afectado*. En su óptica, los sentimientos son personales, biográficos, las emociones son sociales, y los afectos son pre-personales, no conscientes, suponen una experiencia de la intensidad que no puede realizarse plenamente en el lenguaje. En estas y otras perspectivas derivadas de las neurociencias anti-cognitivistas y anti-intencionales –porque no todas consideran que mente y afectos o emociones actúen separadamente- acciones y comportamientos están determinados por disposiciones afectivas que son independientes de la conciencia y del control de la mente: una potencialidad que elude forma, conocimiento y significado.

Para Ruth Leys (2013), desde una postura crítica en el campo de las humanidades, esta consideración del proceso afectivo en total desconocimiento del objeto que lo causa supone una desconexión entre ideología y afecto, una de cuyas consecuencias es la relativa indiferencia ante el rol de las ideas y creencias en la política, la cultura y el arte, en favor de un “involucramiento ontológico” con las reacciones corporales afectivas de la gente, en una nueva división entre sujeto y objeto, mente y cuerpo, como terreno de lo subliminal, visceral, natural, fisiológico –¿un nuevo determinismo?- donde la conciencia llegaría en un “*half-second delay*”. Afectos inherentes, orgánicos, que –podríamos aventurar-, o bien difuminan la diferencia entre los sujetos, contrariando la idea acendrada de que nuestras reacciones o emociones son aquello que nos caracteriza, o bien marcan nuestra “diferencia” por la peculiar constitución biológica, que puede hacernos melancólicos u optimistas o más o menos sensibles a determinados estímulos.

Una perspectiva más amable en el terreno de la neurobiología es la de Antonio Damasio, quien incorpora de base el paradigma de Tomkins-Ekman pero hace su propia clasificación, en unos diagramas arbóreos que distinguen los varios niveles de la constitución biológica, desde las respuestas inmunes y los instintos/apetitos, a las emociones, que son corporales y públicas –tienen expresión facial y corporal-, y ubica en el nivel superior los sentimientos, que son privados, ocultos y tienen relación con la mente. Lo que me interesó en particular en este autor es su relación con Spinoza, que busqué, valga la redundancia, en su libro *En busca de Spinoza* (2005). Según afirma siguiendo al filósofo, mente y cuerpo son atributos paralelos de la misma sustancia y es la ciencia la que los separa para su estudio –cabría preguntarse si esto es compatible. Habría entonces emociones de fondo –energía, entusiasmo, excitación-, emociones

primarias o básicas -miedo, ira, sorpresa, alegría, tristeza, felicidad- y emociones sociales -simpatía turbación, vergüenza, culpa, orgullo, celos, envidia, admiración, etcétera. Los sentimientos serían la percepción mental de una idea del cuerpo y de pensamientos con determinados temas, en relación a un objeto real en el origen, o sea el cuerpo, sin relación todavía con la conciencia. Ambos, emociones y sentimientos están implicados en la regulación homeostática de la vida y la supervivencia, en vecindad del *conatus spinoziano*. Hay aquí una relación ambigua en relación al objeto: por un lado se expresa una cercanía con Freud -afinidades y aborrecimientos de origen inconciente, que se desencadenan sin que el estímulo sea visible (en el deporte, la política, el trabajo)-, por el otro se insiste en las emociones como respuestas químicas de alta complejidad que forman un patrón sin objeto preciso, pero hay también repertorios de acción aprendidos en la experiencia de la vida y los objetos pueden ser varios, algunos asociados a esa experiencia. Parecería que el autor, sin abandonar su “biología de las emociones” no quiere renunciar a la doble influencia filosófica y psicoanalítica -como otros se han deslindado explícitamente de esta última-, y así pone resguardos sobre lo aún no explorado, reconoce que en las ramas superiores de su árbol podemos esforzarnos *intencionadamente* por controlar nuestras emociones, al menos en cierta medida, poner frenos, decir “no”, y alerta sobre el riesgo de trivializar al individuo y pretender explicar experiencias propias y únicas de la persona. Avanzando en su razonamiento alude a una memoria emocional, también desencadenante, afirma que no podemos sentir si no somos conscientes y plantea la articulación entre emociones, sentimientos y memoria personal que nos permite construir una autobiografía compleja, así como una conciencia extendida, conciencia que supone una mente con un yo. “Con ayuda de una memoria autobiográfica la conciencia nos proporciona un yo enriquecido por la propia experiencia individual” (2005:250). Llegamos aquí, afortunadamente, a un territorio afín y a una respuesta en relación con la ética: siguiendo a Spinoza el autor rescata la idea de que el primer fundamento de la virtud es conservar el yo individual, y la felicidad reside justamente en esa capacidad humana de conservarlo, liberándose de la tiranía de las emociones negativas, propiciando así un comportamiento ético cimentado en producir el bien y no causar daño a otros. Difícil de pensarlo en nuestros días pero válido quizá como horizonte utópico.

3. EMOCIONES, ÉTICA Y POLÍTICA

En esta senda, ¿Qué interrogantes éticos, estéticos y políticos se abren ante un mundo convulsionado, donde las emociones y las expresiones emocionales en la esfera pública alcanzan grados de máxima intensidad y negatividad?

La reflexión de dos autoras, que siguen otros rumbos del llamado “giro afectivo”, me parecen muy interesantes para el tema: la inglesa Sarah Ahmed y la norteamericana Lauren Berlant. La primera, en su libro *The cultural politics of emotion* (2004) se propone explorar cómo trabajan las emociones para moldear la “superficie” de cuerpos individuales y colectivos, para lo cual recurre a la teoría sociológica, en

especial Durkheim, al marxismo y al psicoanálisis. En su perspectiva, las emociones no son estados psicológicos sino prácticas sociales y culturales, no suponen una autoexpresión que se vuelca hacia afuera (*in/out*) sino más bien se asumen desde el cuerpo social (*outside/in*), en tanto son las que brindan cohesión al mismo. Esenciales para el aparato psíquico y social, ligadas a objetos no siempre conscientes, son inseparables de las sensaciones corporales y suponen tanto ligazón como movimiento, un aspecto importante en términos de estructura social. Más que interrogarse sobre “qué son” las emociones la pregunta es “qué hacen” y el terreno para el análisis es, en este caso, las figuras del habla o del discurso que condensan la emocionalidad de los textos. Nombrar las emociones tiene por cierto un poder diferenciador y performativo: el sentimiento/afecto puede existir antes de su expresión pero deviene real como efecto y puede dar forma y orientar diferentes tipos de acción. La autora está en verdad preocupada por el discurso público y sus alcances éticos y políticos, y por el modo en que cierta metaforicidad en los mismos puede entrañar serias consecuencias – el “*Britain soft touch*”, por ejemplo, la “soft-nation”- expresión usada en la retórica del Frente Nacional, refiere a la nación como un cuerpo blando que puede ser fácilmente “penetrado” por inmigrantes ilegales, imagen que refuerza posturas discriminatorias y racistas. Casos que muestran justamente “la naturaleza pública de las emociones o la naturaleza emotiva de lo público”, en sus palabras, y donde la atención estará puesta más que en el objeto, contingente, en las *relaciones* y el apego que generan. En esta perspectiva Ahmed analiza, a través de diversos tipos de discurso –políticos mediáticos, de las redes sociales- los efectos sociales que generan diversas emociones en el discurso público: la pena, el odio el miedo, el disgusto, la vergüenza, el amor, e indaga también en los afectos *queer* y feministas.

Por su parte Lauren Berlant, desde los estudios culturales, el psicoanálisis, la teoría *queer* y el feminismo, tiene una obra muy significativa en torno de las subjetividades, las fantasías, las emociones y su impacto en la configuración de lo social y lo político. Un aporte pionero fue *Intimacy*, un emblemático dossier de la revista *Critical Inquiry* (1998), donde planteaba el concepto de “intimidad pública” para dar cuenta de los fenómenos que se iban produciendo en el horizonte mediático y cultural con la evanescencia de los límites entre público y privado, que fue de gran inspiración para mi trabajo sobre lo biográfico. Entre su variada obra posterior destaca *Cruel optimism* (2011), un libro y un concepto que expresa cabalmente la encrucijada en la que se encuentra la afectividad en el contexto actual. En él la autora analiza la crisis del neoliberalismo, sobre todo en Europa y los Estados Unidos y el fracaso de las fantasías de movilidad social asociadas al estado liberal. El oxímoron intenta dar cuenta de la dinámica relacional en la cual los individuos crean ciertos lazos, en términos de un cúmulo de promesas hacia objetos de deseo que sostienen la fantasía de una buena vida aunque esas ataduras sean en verdad una amenaza para el florecimiento personal y la realización de esas promesas. Y no son los objetos en sí mismos los “cruels” sino las relaciones –de doble restricción- que suelen establecerse con ellos. Tampoco el “optimismo” se refiere a la emoción en sí misma sino a la estructura afectiva de apego que la gente establece, pese a la inadecuación a sus fantasías, para sobrevivir en un

permanente estado de crisis. Se juega aquí, en el plano político, una pedagogía de las emociones, donde la compasión –por ejemplo- aparece como uno de los recursos del conservadurismo: la compasión ante injusticias y violencias del mundo, que exige de una participación verdadera y reactiva. Aunque, podríamos agregar, esta emoción esté mediada, según se trate de vidas que merecen “ser lloradas” –al decir de Judith Butler (2007)- o pertenezcan al distante universo de los que “no son como nosotros”.

4. EPÍLOGO

Por cierto, el “giro afectivo” y en general, el campo de estudio de las emociones excede en mucho este sintético recorrido, habida cuenta de que compromete múltiples disciplinas y enfoques, desde los científicistas a los ensayísticos y literarios. Pero lo que me interesa aquí en particular es poner en contrapunto estas dos posiciones, por un lado las “anti-intencionales” o “pre-discursivas”, por el otro las que articulan lo corporal, lo discursivo y lo social, para analizar tanto sus implicancias teóricas en cuanto al abordaje de fenómenos contemporáneos, como sus consecuencias políticas, dado que se trata de una problemática que va más allá de la vida académica para alcanzar el amplio territorio de la vida, a secas.

En primer lugar cuestionaría la pertinencia, para las ciencias sociales, de la separación entre lo emocional y lo cognitivo o intencional, por más que haya ese “*half-second*” delay en la dinámica cerebral, preguntándome si en verdad podemos pensar que las reacciones emocionales sean meramente corporales, sin investidura significativa, o a-significantes. En segundo lugar diría que no hay oposición entre discurso y afecto o emociones, en tanto el lenguaje es también el lugar del afecto aunque por cierto no excluyente. Y si no, volvamos a Barthes y sus *Fragmentos del discurso amoroso*: porqué los amantes –también lo decía Wittgenstein- necesitan todo el tiempo reafirmar lo que sienten –y cuánto lo sienten. Si bien en algunas posturas antidiscursivas hay un rechazo al discurso racionalista de la modernidad, y quizá al tipo de modelo habermasiano de la “competencia comunicativa” que excluye otras dimensiones del sujeto, también hay quienes, desde la reivindicación de la afectividad, plantean un retorno a “los crudos hechos” desde un materialismo rasante, contrapuesto al supuesto “idealismo” de los enfoques discursivos, giro al que Yannis Stavrakakis (2014), con un poco de ironía, llama “la venganza de lo real”, jugando también con lo real lacaniano. En estas lides se cueban también posiciones antagónicas de la filosofía y la teoría política, que contraponen la afectividad, y las fuerzas e intensidades de inspiración spinoziana y deleuziana, a la teoría de la hegemonía –según Laclau/Mouffe (2005)- ya sea en términos de alternancia o recambio –la “multitud” según Negri-Hardt (2004)- o de finitud –la “post-hegemonía” según Scott Lash (2007) o Jon Beasley-Murray (2010). Este me parece uno de los terrenos más interesantes para la discusión, en tanto remite a acontecimientos en la escena internacional –Occupy Wall Street, en los Estados Unidos, los Indignados en España, los movimientos griegos que luego se articularon en Syriza- donde los cuerpos agrupados por la afectividad en el espacio público tienen

una alternativa posible –y en la teoría de la hegemonía, deseable– en la articulación horizontal de demandas diferenciales en un nivel superior, vertical, y propiamente político para disputar la hegemonía *desde adentro de las instituciones* en lugar de postular el éxodo de las mismas. (Mouffe, 2014). Una postura que no niega por cierto la importancia de las pasiones en la política.

Pero si en la perspectiva de la performatividad el lenguaje *hace* cosas y no meramente refleja los estados del mundo –o, dicho de otro modo, no hay “hechos” por fuera de la dimensión simbólica–, si consideramos que discurso y afecto no son excluyentes sino co-constitutivos, podríamos preguntarnos qué *hacen* las emociones ante este estado del mundo. Y qué hacemos nosotros con ellas. Con las que llevan al “cruel optimismo” de pretender superar nuestras capacidades para lograr una “buena vida” que quizá nos interpela en realidad desde el “nuevo espíritu del capitalismo” –según Boltanski y Chiapello–; con las que nos agobian con el martilleo mediático de la “inseguridad” haciendo del miedo y la amenaza el pan de cada día –apenas uno de los rostros del biopoder–; con las que pretenden suplantar la argumentación y abolir la ideología en pro de las buenas intenciones y las promesas de felicidad; con las que nos mueven a la compasión y a la pena ante las imágenes desgarradoras de la desposesión de los que ya no tienen ni patria ni hogar y las que nos paralizan ante esa violencia inconcebible de las “pasiones tristes” que las pantallas traen a casa con la asiduidad de una rutina y que ponen en suspenso la idea misma de civilización.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ahmed, S. (2004) *The cultural politics of emotion*, London, Routledge.
- Arfuch, L. (2002): *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica
- Beasley-Murray, J. (2010) *Posthegemony*, Minneapolis: University of Minnesota
- Benveniste, E. (1983) [1966] *Problemas de lingüística general I*, México, Siglo XXI
- Berlant, L. (1998): “Intimacy: a special issue” en *Intimacy*, Revista *Critical Inquiry* Volumen 21, Número 2, Invierno, University of Chicago Press.
- (2011) *Cruel optimism*, Durham & London, Duke University press.
- Boltanski, L. y Chiapello, E. (2002) *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal.
- Butler, J. (2007) *Vida precaria*, Buenos Aires, Paidós.
- (2010) *Cuerpos que importan*, Buenos Aires, Paidós.
- Damasio, A. (2005) *En busca de Spinoza*, Barcelona, Crítica.
- Elias N. (1991) *La société des individus*, Paris, Fayard.
- Habermas, J. (1990): *Historia y crítica de la opinión pública*, Trad. Antonio Doménech, Barcelona, Gustavo Gili.
- Lash, S. (2007) ‘Power after Hegemony: Cultural Studies in Mutation?’ en *Theory, Culture and Society*, 24(3), pp. 55-78.
- Massey, D. (2005): “La filosofía y la política de la espacialidad. Algunas consideraciones” en Arfuch, L. (Comp.) *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, Buenos Aires, Paidós, pp. 101-129.
- Massumi, B. (2015) *Politics of affect*, Cambridge, Polity.

- Negri, A. y Hardt, M. (2004) *Multitud*, Barcelona, Debate.
- Riley, D. (2005) *Impersonal passion. Language as affect*, Durham and London, Duke University Press.
- Sarlo, B. (2005): *Tiempo pasado*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Sennett, R. (1978) *El declive del hombre público*, Barcelona, Península.
- Stavrakakis, Y. (2014) "Hegemony or Post-hegemony? Discourse, Representation and the Revenge(s) of the real" en Kioupkiolis, G. y Katsambekis, A. (Ed) *Radical Democracy and Collective Movements Today: The Biopolitics of the Multitude versus the Hegemony of the People*, pp. 112-132.
- Verón, E. (2001) *El cuerpo de las imágenes*, Volumen 9 de la Enciclopedia latinoamericana de sociocultura y comunicación, Buenos Aires, Norma.